

CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco y EVANGELISTI, Silvia (eds.), *Comunidad e identidad en el mundo ibérico*, Valencia, Universitat de València, Universidad de Granada, Universidad de Murcia, 2013, 233 págs.

Los homenajes al hispanista irlandés James Casey se suceden en nuestras universidades, con ocasión sobre todo de su reciente jubilación, aunque con el firme propósito, que además es entrañable dada la calidad humana del historiador, de subrayar su aportación historiográfica al modernismo hispano.

Desde esa óptica hay que valorar esta reciente publicación. En realidad, deriva del homenaje que un grupo de profesores españoles, sobre todo, pero también británicos, estadounidenses y franceses, le rindieron en Norwich el 1 de julio de 2010, como una experiencia de aula, un seminario especializado, que así es como mejor se homenajea a los maestros. Un seminario de amigos y admiradores, pero en el que nada ha quedado al azar. Por supuesto, la obligada colaboración entre universidades del SE peninsular (Valencia, Murcia, Granada) para reconocer a quien tanto y bueno ha aportado a la historiografía modernista de esos territorios. Pero más que nada el rigor con el que los editores han pensado la obra para que sea, a la par que un homenaje, una obra sólida sobre una temática actual, que incluya ensayos historiográficos, propuestas metodológicas y claves de interpretación, y todo ello bajo el acertado y preciso título de *Comunidad e identidad en el mundo ibérico*.

No es por eso un homenaje al uso, y esto explica que la obra se restrinja a una docena de trabajos. Homenajear a James Casey se entiende en esta ocasión como la evidencia de su magisterio y, por tanto, el reconocimiento de una deuda historiográfica que los autores manifiestan en sus trabajos. F. Chacón expresa con claridad en la Presentación la voluntad de atender la realidad histórica de “territorios transnacionales dentro de una perspectiva de historia comparada”, mientras los trabajos se engloban bajo la tripe hache de historiografía, hispanismo y homenaje. A cargo del mismo profesor y de Silvia Evangelisti corre una densa y bien articulada Introducción, de la que destacaré, como cualidades expresadas sobre la obra de J. Casey, la síntesis de recuperación de textos coetáneos y tratadistas, el estudio de la comunidad, la aportación al conocimiento de la familia, su apertura a enfoques antropológicos, su vitalidad metodológica y una formulación muy personal de la historia social.

Es evidente en todos los casos el afán por expresar la gratitud científica hacia el homenajeado, expresando las líneas de trabajo y las conclusiones a las que llegó como puntos de partida de otros muchos estudios como los que aquí se contienen. También encontramos puestas al día sobre interpretaciones de los procesos históricos sobre los que Casey se ha ganado indiscutiblemente una autoridad ampliamente reconocida, e incluso el análisis de su propia producción científica, como un revulsivo para la Historia Social europea y española. Comencemos por aquí.

De una manera extraordinaria, nada común, el maestro glosa la obra del discípulo. Es lo que hace John H. Elliott en su reflexión “Una visión desde la periferia”. Así tilda a la figura de James Casey, “hombre de periferia”, circunstancia clave sin duda para comprender su inclinación hacia la problemática social de reinos como los de Valencia y Granada. La tensión centro-periferia, compleja y variable, encuentra en Casey uno de sus principales clarificadores, huyendo de una dicotomía maniquea para bucear en sus bases profundas. En su forma de proceder, insiste Elliott, aúna a la perfección la búsqueda en los archivos con una fina intuición no exenta del influjo de la Antropología social, todo ello sobre una sensibilidad inequívocamente humanista. El estudio de casos individuales y la reconstrucción de familias, en medio de las sutiles actuaciones de la Iglesia y el Estado, le han conducido a perfilar un sentido de la identidad, entendida en términos de pertenencia, que se traduce en reconocer múltiples identidades, en las que se entrecruzan los lazos de religión, solidaridad, cultura, casta o clientela. Elliott concluye resaltando de Casey, pionero en estas lides, una “conciencia intuitiva de la telaraña sin costuras del pasado”.

Corresponde a Ricardo García Cárcel abordar el tema “James Casey y la historia social”. Lo hace con maestría, a la vez desde el reconocimiento y desde el rigor. Sólo encuentra respuestas el historiador que se hace preguntas, y este es el caso de J. Casey. Tamizadas por el concepto de periferia, en sus obras se abordan sin apocamiento las grandes cuestiones socio-económicas de la historiografía, así como sus expresiones políticas. Pero no se conforma con las visiones tradicionales ni con el cuantitativismo en boga hace unas décadas, ni tampoco con todas las corrientes que desde hace medio siglo han alimentado la historiografía occidental, corrientes conocidas por Casey, que en algunos casos fue deudor de ellas. Sociedad y cultura se amalgaman en sus estudios; de hecho, reconoce García Cárcel, “nunca perdió la referencia social originaria y nunca se dejó llevar por el irracionalismo excesivo”. Lo social se entiende en su caso entre la lucha de clases y la solidaridad inter e intra comunitaria, sobre la certeza de que cada espacio dispone de su propia dinámica relacional. El ensayo de García Cárcel sitúa, pues, en su justa medida la aportación de Casey a la historiografía modernista, sin olvidar su inclusión entre los mejores hispanistas, distinguidos por su “compromiso pero desde la distancia objetivadora, la mirada del otro, abierta a todo lo nuestro”.

También en la reflexión historiográfica, con la figura de Casey como centro, insisten las aportaciones de Manuel Ardit y de Francisco Chacón. La del primero de ellos lleva por título “James Casey y la expulsión de los moriscos valencianos”. Con solidez introduce el tema recurriendo a las fuentes clásicas no exentas de sesgos, desde las que minimizan las consecuencias de la expulsión hasta las que expresan una situación de completa ruina. Es decir, una historiografía cargada de prejuicios se proyecta sobre la historia valenciana del Seiscientos. En esas circunstancias también evolucionaron los juicios de Casey al respecto,

hasta llegar a los más recientes de cierto sabor “thompsoniano”, en palabras de Ardit Lucas, al subrayar la resistencia ante la injusticia, por ejemplo, respecto a la Segunda Germanía. Pero siempre actuando desde la competencia, el buen hacer, la aguda intuición y su perspectiva “externa”.

“Nuevas lecturas sobre la sociedad y la familia en España. Siglos XV-XIX” se titula el ensayo de Francisco Chacón Jiménez. En una condensada y acertada reflexión sobre la historia de la familia, subraya la aportación de Casey, tanto en cuanto a resultados de la investigación como a la capacidad de sugerir explicaciones, pensadas históricamente. En realidad, “hay que entender a la familia como un medio, desde el que se puede y se debe reconstruir la red de relaciones sociales de una comunidad” y, en ese sentido, Chacón desarrolla con maestría el concepto de jerarquización y sus contradicciones, abundando en el sistema clientelar de la época moderna. Enlaza así con las aportaciones de Casey, con su certero y matizado juicio. Sirva de ejemplo su detección de una clase intermedia entre el señor feudal y el campesino, predecesora del caciquismo. De esta forma, concluye Chacón, en la actualidad no se entiende la relación de personas, en una comunidad del pasado, sin los términos consanguinidad y parentesco tanto como los de alianza y clientelismo.

Junto a esas reflexiones de corte historiográfico, los trabajos monográficos de los restantes autores enriquecen el contenido de la obra y evidencian indudables innovaciones metodológicas. James S. Amelang aborda el tema “*The Reformed Spaniard*: cambios e intercambios confesionales entre España e Inglaterra”, con testimonios insospechados hasta hace poco, como el de Luisa de Carvajal y Mendoza, con su catolicismo a ultranza, frente al de Juan Nicolás, y su rechazo del catolicismo por el protestantismo. Son peripecias espirituales teñidas de condicionantes políticos. Un vasto mundo de intercambios por explorar, todo un acierto en el contexto de un mundo religioso y confesional, en eterna lucha por imponer criterios por la fuerza o por rebelarse sobre la base de profundas convicciones personales. No son los únicos ejemplos. Bien merecen un análisis desde una concepción de “historia total”, bien que con lo social por fundamento, como cabe predicar de la obra de J. Casey.

Sobre temática religiosa versa también el estudio de Silvia Evangelisti titulado “Género, religión y las misiones hispanoamericanas en los siglos XVI y XVII”. Partiendo de los modelos de disciplina y orden social que se ofrecen a la mujer, abunda en la ósmosis entre los conventos femeninos y su entorno cultural y político. Alcanzaron una dimensión pública, en la que tienen que ver la cercanía a las reliquias y objetos sagrados, y las propias actividades de la comunidad. Detecta, en este sentido, la transferencia en ambos sentidos entre lo doméstico y lo monástico, lo que acentuaba una experiencia religiosa femenina formal e informal, desvelando un mundo de diversidad religiosa capaz de albergar muchos matices que exigen ser explorados. Pero no desdeña una parcela bastante olvidada como es la dimensión misional (asistencial y educacional a la vez) de

aquellas monjas, por no mencionar las profecías y las curiosas catequesis de las madres Ágreda o Carrión, trufadas de acciones sobrenaturales, lo que remite finalmente al discurso sobre la santidad femenina.

La vida del claustro ligada al linaje, en este caso una nobleza reconocida de cristianos nuevos, es el tema abordado por Inmaculada Arias de Saavedra Aliás en “Las mujeres del linaje Granada Venegas. Notas para su historia”. Ha seguido con rigor el rastro de las mujeres de esta casa que ingresaron en los monasterios granadinos de Santa Paula, Madre de Dios (comendadoras de Santiago) y sobre todo Santa Isabel la Real, el preferido por la rama principal de la familia, no sin antes desvelar las alianzas matrimoniales urdidas durante cinco generaciones de este linaje. Por supuesto, el claustro era también una vía de integración y de hecho las pruebas de limpieza en algunos casos muestran, junto a una sincera conversión de sus antepasados, el timbre y orgullo de descender de los reyes moros de Granada. Y es que “la influencia del linaje trascendía incluso los muros del convento”.

Muy distinta es la forma de ascenso, cuajada de entresijos poco confesables, que ofrece Richard L. Kagan en su “Vender el pasado: los historiadores y las genealogías en la España moderna”. Partiendo de la sugestiva idea de usar la historia como vía de mérito social, surgió una pléyade de historiadores, escribanos falsificadores, anticuarios, linajudos y aún extorsionadores, que daban un aspecto muy especial a los intentos de ascenso social, sin olvidar que la familia, aunque fraudulentamente, ensalzada era un valor supremo en este proceso. Así fue como se publicitaron linajes inmaculados cuya víctima fue la verdad. El “ingreso en un clan noble” que proponía Casey, estuvo, por tanto, salpicado por las “malicias u horrores”, ampliamente extendidos que Kagan logra si quiera desvelar en la brevedad de este artículo.

La curiosa alianza entre hispanistas de diversa procedencia, como el anterior, concede un valor especial a la aportación de Bernard Vincent sobre “Los mudéjares antiguos”. Comparten Casey y Vincent el reconocimiento de doctores *honoris causa* por la Universidad de Granada, el interés por el antiguo reino de Granada y la medida reflexiva de sus juicios. En este caso, el hispanista francés nos presenta un esfuerzo conceptual por distinguir en la amplia esfera de lo morisco, aquellos grupos que bien puede llamarse “mudéjares antiguos”, muy diseminados, pero con características propias, distintas a los mudéjares recientes (granadinos) y los moriscos propiamente dichos. Estas distinciones conceptuales son mucho más que un recurso didáctico, permiten comprender los distintos grados de asimilación, las vías para reforzar su identidad y los resortes para su defensa, en medio de una vorágine que acabó prácticamente por eliminar al otro, pero que no puede presentarse como un mecanismo unívoco y simplificador.

Otro efecto, también notable, de clarificación lo ofrece el análisis de Xavier Gil Pujol sobre “Las lenguas en la España de los siglos XVI y XVII: imperio, algarabía y lengua común”. Centran su reflexión el peso político y la fuerza

del uso de estas lenguas habladas. De ahí la minuciosa exposición sobre la tratadística de las lenguas, el debate sobre la lengua primitiva española y, sobre todo, la asociación entre lengua y nación. Así lo muestra con el castellano, el árabe (aljamiado), el vascuence, el catalán, el portugués, las lenguas indígenas... Como había manifestado Casey, el interés por la lengua iba de la mano del poder político y del atractivo cultural. En la práctica, el uso de las lenguas se debatía entre la opción por la lengua materna y la imposición de una homogeneización centralizadora, que acabaría triunfando entre las elites, pues al fin y al cabo, parafrasea el autor a Aldrete, se observa “quan poderosas son las fuerças que la lengua encierra i tiene”.

Y, cómo no, un debate central en la historiografía sobre el concepto de crisis, es tratado con solvencia, amplitud de miras y novedad por Geoffrey Parker en “La crisis de la década de 1590 a debate: Felipe II, sus enemigos y el cambio climático”. El concurso de distintas ciencias especializadas (glaciología, polinología, dendrocronología), junto a fuentes arqueológicas, iconográficas y escritas, resulta fundamental en las reflexiones de Parker, sobre evidencias que van desde Perú hasta China, incidentes en una climatología cambiante, de la que dependían casi por entero los recursos alimenticios. En este alarde intelectual de historia comparada, España ocupa un lugar central en su reflexión, donde esos condicionantes naturales se unen a las necesidades de la Monarquía y al sostenimiento de guerras con base ideológica. Esa peculiar relación entre guerra y clima viene a confirmar con profusión de testimonios el pronóstico de Casey al afirmar que “los años 1590 fueron una década de extremo mal tiempo *en todas partes*”.

El uso de ilustraciones y gráficos, cuando el estudio lo requiere, y la conclusión de cada uno de ellos con una cuidada bibliografía específica son un atractivo más de este libro, junto a las continuas alusiones a la profunda obra de un historiador tan completo como es James Casey. Se me antoja, en fin, que los trabajos que componen este volumen son, en su individualidad, otras tantas joyas historiográficas. Juntos, además rebasan esa cualidad, para convertirse en un justo y acreditado homenaje al hispanista y a su obra.

*Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz*